

Pandemia y sociedad: el sacrificio de la sociabilidad y la convivencia

Pandemic and society: the sacrifice of sociability and coexistence

*Mario Guillermo González-Rubí**

*Tania Jeanine Wuest Silva***

Resumen

En esta entrega utilizamos los conceptos de convivencia, sociabilidad e intimidad, para analizar el trastorno intempestivo de las rutinas y la percepción de la vida cotidiana obligados por el alejamiento social decretado durante la pandemia del coronavirus SARS-CoV-2 en México. Al calificar a esta coyuntura como sacrificio, destacamos que una de las pérdidas notables de la emergencia sanitaria ha sido la tranquilidad socioemocional resultante del acotamiento de la calidez que produce el contacto personal y el encuentro cara a cara. Desde aquel que se relaciona con la acción pública o institucional, hasta el que deriva de las relaciones más estrechas.

Palabras clave: pandemia, sacrificio, convivencia, sociabilidad e intimidad.

Abstract

In this installment we use the concepts of coexistence, sociability, and intimacy, to analyze the untimely disruption of routines and the perception of daily life forced by the social distancing decreed during the SARS-CoV-2 coronavirus pandemic in Mexico. By qualifying this situation as a sacrifice, we highlight that one of the notable losses of the health emergency has been the socio-emotional tranquility resulting from the limitation of the warmth produced by personal contact and face-to-face encounters. From the one that is related to public or institutional action, to the one that derives from the closest relationships.

Key words: pandemic, sacrifice, coexistence, sociability and intimacy.

Recibido 11 de julio de 2022

Apertura del proceso de dictaminación: 18/07/2022

Aprobado: 7 de octubre de 2022

* Profesor Titular C, Tiempo Completo e Indeterminado, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco [mggr@azc.uam.mx].

** Profesora Asistente C, Tiempo Completo e Indeterminado, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco [tali@azc.uam.mx].

Quise vivir al margen de la pandemia, pero la pandemia me ha puesto al margen de la vida.

SANDRO COHEN

INTRODUCCIÓN

En abril y mayo de 2022, en el Teatro Julio Castillo de la Ciudad de México se realizaron diversas funciones de una obra de teatro intitulada *Calle Amor*. En ella, la dramaturga y directora Laura Uribe incluyó un pasaje donde, en un diálogo entre las y los jóvenes actuantes, se enunciaba la desazón profunda que provocó en ellos el prolongado aislamiento derivado de la pandemia de coronavirus SARS-CoV-2. Afirmaron que esta calamidad los dejó “atrapados” por más de dos años “sin más vida social” que la que les permitían sus “cuadrículas virtuales”. Esta perturbadora declaración se encuentra en la raíz de esta entrega. Así, intentamos reflexionar sobre la percepción y el valor de las interacciones habituales en la vida de las personas y cómo ésta pudo ser modificada por las condiciones insólitas relacionadas con la extensa y extendida restricción de la convivencia social resultantes de la emergencia sanitaria mundial, iniciada a principios de 2020, y que aún no se declara concluida.

Así, con herramientas teóricas provenientes de la sociología de los sentidos y de la filosofía teatral, cuyos análisis retoman continuamente la importancia de la convivencia para la socialización e integración humanas, en estos apartados trataremos de reconocer algunos de los efectos derivados de la experiencia pandémica en términos de renuncia obligada al marco de convivencia y sociabilidad de las personas, desde los ámbitos público, privado e íntimo de sus interacciones.

Con este objetivo, en los primeros dos apartados se recuperan algunos rasgos de la evolución de la emergencia sanitaria en México: lo inesperado de su ocurrencia, la amplitud de sus limitaciones coligadas con la cercanía personal, los estragos en la calidad de vida y en la sobrevivencia misma de las personas y lo incierto e inquietante de su duración. También retomamos tangencialmente algunos aspectos de lo ocurrido en el sector educativo, apenas como un botón de muestra de lo sucedido en los otros sectores sociales. Luego, buscamos transitar de la información a los conceptos para destacar los efectos de trastocar el mundo de los sentidos más personales y, por ende, orientar

hacia una visión teórica y metodológica de un corte mayormente cualitativo. Para esta transición analítica, profundizamos en algunos componentes de las nociones de convivencia y sociabilidad, considerados referentes invaluableles en los procesos de interacción para concluir con la modificación de los modelos y significados alusivos a los distintos espacios por los que transcurre la cotidianidad humana.

EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA EN MÉXICO

En México, el 27 de febrero de 2020, el subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, el médico epidemiólogo Hugo López-Gatell y Ramírez, anunciaba por la televisión pública el primer caso confirmado en el país de coronavirus SARS-CoV-2 (promotor de la enfermedad conocida como covid-19).¹ Con ello, una referencia epidémica, antes lejana y casi anecdótica que ocurría al otro lado del mundo, se convertía en una realidad tangible en nuestra sociedad que empezaba a amenazar tanto nuestra salud física y emocional, como a nuestra estabilidad económica y productividad, además de perturbar las, hasta entonces, formas cotidianas de relación personal y comunitaria.

De súbito, este coronavirus trajo a la sociedad mundial del siglo XXI una experiencia que parecía impropia del avance científico y tecnológico: la propagación sin control y a gran escala de una enfermedad para la que no se contaba con medicamentos o vacunas, lo que provocó una gran incertidumbre por la rapidez del contagio y lo incierto de sus formas de transmisión, tratamiento y supervivencia. Los gobiernos del mundo tuvieron que reconocer su estado de vulnerabilidad ante un hecho cuya caducidad y efectos eran impredecibles e incommensurables. El reconocimiento de la condición pandémica por parte de la Organización Mundial de la Salud (OMS) resultó sorprendente e inquietante.²

¹ Uno TV México, “Por coronavirus, aplicamos protocolo de mitigación: Salud”, 27 de febrero de 2020 <<https://www.unotv.com/noticias/portal/nacional/detalle/secretaria-de-salud-ofrece-conferencia-coronavirus-904904/>>.

² Tedros Adhanom Ghebreyesus, presidente de la Organización Mundial de la Salud (OMS), precisó que no se trataba sólo de una epidemia, sino de una pandemia a juzgar “por los alarmantes niveles de su propagación y gravedad sumados a los preocupantes niveles de inacción”. Uno TV México, “Coronavirus: OMS decreta pandemia por covid-19”, 11 de marzo de 2020 <<https://www.unotv.com/noticias/portal/internacional/detalle/coronavirus-oms-decreta-pandemia-por-covid-19-092583/>>.

No obstante, la primera evidencia de este nuevo y dramático escenario es la certeza de que el medio básico de transmisión lo constituía la cercanía entre las personas. Las gotas de saliva emitidas al hablar por quienes adquirirían la infección y luego alcanzaban a alojarse en la nariz, los ojos y la boca de sus interlocutoras e interlocutores, resultaban altamente efectivas para la transmisión viral. También los residuos, que manos contaminadas dejaban en objetos de uso masivo, se presentaban como otra posibilidad de riesgo e incremento rápido de infección. En ese contexto, el alejamiento forzado de las personas constituyó la posibilidad más eficaz de contención y control.

Algunos países restringieron el cruce por sus fronteras, sus aeropuertos fueron cerrados y, en otros casos, llegó a implementarse el toque de queda como último recurso para hacer frente a la propagación geométrica de la enfermedad. A la par, en nuestro país, el 18 de marzo de 2020 se hizo pública la noticia del primer deceso derivado de la pandemia.³ La crisis tomó forma y el gobierno federal se sumó a la implementación de un conjunto de medidas urgentes encaminadas a la reducción de la movilidad y la convivencia masiva de las personas a partir del distanciamiento social resultante de la suspensión de las actividades económicas, sociales y culturales definidas entonces como “no esenciales”. Entre éstas, una de las más significativas fue la interrupción completa de las actividades del sistema educativo del país en todos sus niveles, determinación que de tajo detuvo el flujo de más de 40 millones de personas que participamos diariamente de las actividades de este sector (cerca de un tercio de la población total del país).⁴

Dos momentos definieron esta estrategia emergente: el primero, cuando el 23 de marzo de 2020 se pone en marcha la modalidad de control sanitario denominada Jornada Nacional de Sana Distancia (JNSD) y, 70 días después (el 1 de junio del mismo año), el segundo, representaba el aligeramiento parcial de esas medidas bajo el signo de lo que se denominaría la *Nueva Normalidad*.⁵

³ *Animal Político*, “México registra primera muerte por covid-19; el hombre tuvo síntomas tras acudir a concierto en el Palacio”, 18 de marzo de 2020 <<https://www.animalpolitico.com/2020/03/mexico-primera-muerte-covid-19-coronavirus/>>. Uno TV México, “AMLO presenta plan de regreso a la nueva normalidad en tres etapas; ve fechas”, 13 de mayo de 2020 <<https://www.unotv.com/noticias/portal/nacional/detalle/amlo-presenta-plan-de-regreso-a-la-nueva-normalidad-313791/>>.

⁴ Esta fue la medida de distanciamiento que el gobierno mexicano sostuvo durante más tiempo.

⁵ Uno TV México, “AMLO presenta plan de regreso a la nueva normalidad en tres etapas; ve fechas”, *op. cit.*

No obstante, la alteración de la salud y la pérdida de vidas humanas en la sociedad mexicana resultó abrumadora. En las diez semanas que duró la JNSD, la cifra de muertes alcanzó en México a 9 930 personas y los contagios registrados llegaron a 90 664. Es decir, en nuestro país, durante este periodo y en promedio, fallecieron diariamente 148 personas y 1 295 se infectaron todos los días. Pero estas cifras sólo fueron el inicio de la tragedia. Dos años después del primer reporte, y también del primer deceso, el registro de muertes llegó a 322 972 y las personas infectadas se contaron en 5 508 629. Es decir, en los primeros 730 días de la pandemia, en nuestro país y en promedio, cada día adquirieron el coronavirus 7 546 personas, y en el mismo lapso, perdieron la vida 442 personas cada 24 horas.⁶

Para tener un punto de comparación de la magnitud de la catástrofe, el sismo del 19 de septiembre de 2017 sumó en total 331 decesos, eso quiere decir que, a partir del 18 de marzo de 2020, y luego de dos años, sólo en materia de pérdida de vidas humanas, ocurrieron todos los días en México 1.3 sismos de la magnitud del que vivimos hace un lustro.

PERO LOS NÚMEROS SIEMPRE CUENTAN UNA HISTORIA INCOMPLETA

Estas cifras son sólo un ejemplo para ilustrar la dimensión de una gran, inesperada y prolongada desgracia colectiva, cuyos alcances, significados y consecuencias profundas en el imaginario individual y colectivo, apenas se atisban. La pérdida reiterada de vidas humanas y el debilitamiento de la salud de miles de las y los sobrevivientes han sido fuentes de dolor e inestabilidad continuas. De ahí que nos preguntemos sobre algunas de las particularidades de este proceso como vía para comprender sus efectos en el corto, mediano y largo plazos, principalmente en cuanto a la salud integral⁷ de las personas.

Como hemos relatado, en aquellos primeros días de 2020, las decisiones de los dirigentes políticos de un buen número de los gobiernos en el mundo, se concentraron en estrategias de contención de las interacciones personales como condición inmediata para proteger la salud y disminuir la expansión del contagio. Medidas como el alejamiento de las personas a partir de la

⁶ Las cifras que aquí se mencionan son parte de una elaboración propia a partir de la información diaria proporcionada por la Secretaría de Salud del Gobierno Federal mexicano, denominada "Informe Técnico Diario covid-19", México.

⁷ Por salud integral nos referimos no sólo al estado físico de las personas, sino a una condición socioemocional estable.

cuarentena,⁸ el aislamiento,⁹ el distanciamiento social¹⁰ y el confinamiento,¹¹ fueron implementadas.

Dentro de estas alternativas, en el caso mexicano fue evidente que se priorizaron el distanciamiento social y el aislamiento, es decir, la promoción del alejamiento de lugares destinados a promover concentraciones masivas y la separación física de las personas contagiadas, frente a modalidades más restrictivas en términos del desplazamiento voluntario de las personas (cuarentena y confinamiento). No fue el caso de otros países como China, el punto de origen de este contagio.

Estas medidas, aisladas o en conjunto, nos permiten concluir este primer apartado con la certeza de que, si bien el coronavirus SARS-CoV-2 es un ente biológico y sus efectos quebrantan, en primera instancia, la salud física de las personas, su propagación es una cuestión social ya que depende de la cercanía y la convivencia entre ellas.¹² Resulta revelador que las distintas *olas de contagio* en el mundo han ocurrido en los meses de verano e invierno, es decir, no corresponden a condiciones climáticas o medioambientales sino a periodos en los que la movilidad de personas aumenta y los encuentros se elevan y realizan. A pesar del riesgo, la propensión humana hacia la convivencia social

⁸ Este concepto “hace referencia a la restricción, voluntaria u obligatoria, del desplazamiento de individuos que han estado expuestos a un potencial contagio y que posiblemente se encuentren infectados. Durante ese tiempo, las personas deben permanecer en un lugar determinado hasta que pase el periodo de incubación de la enfermedad, para lo cual se debe garantizar asistencia médica, psicológica, refugio y alimentación”. Valeria de la Fuente-Figuerola y Andy Sánchez Villena, “Covid-19: cuarentena, aislamiento, distanciamiento social y confinamiento ¿son lo mismo?”, 1 de mayo de 2020, *Anales de Pediatría*, 93(1) <<https://www.analesdepediatría.org/es-covid-19-cuarentena-aislamiento-distanciamiento-social-articulo-S1695403320301776>>.

⁹ Corresponde “a la separación física de las personas contagiadas de aquellas que están sanas. Esta medida resulta efectiva cuando se ha hecho una detección temprana de la enfermedad y se aparta a la persona infectada en un espacio específico, evitando el contacto con los demás”. *Idem*.

¹⁰ Implica el cierre de lugares donde hay mayor concentración de personas como escuelas, centros comerciales, sitios para eventos sociales, oficinas, entre otros. *Idem*.

¹¹ Es una intervención que se aplica a nivel comunitario cuando la cuarentena, el aislamiento y el distanciamiento social han sido insuficientes para contener el contagio de una enfermedad. Consiste en un estado donde se combinan estrategias para reducir las interacciones sociales como el distanciamiento social, el uso obligatorio de mascarillas, restricción de horarios de circulación, suspensión de transporte, cierre de fronteras, etcétera. *Idem*.

¹² Weidler Guerra, “La hora de las ciencias sociales”, *El Herald*, 18 de junio de 2020 <<https://www.elheraldo.co/columnas-de-opinion/weidler-guerra-c/la-hora-de-las-ciencias-sociales-735389>>.

ha jugado en contra de la aplicación estricta de los mecanismos de control sanitario. El paradigma aristotélico acerca de que los seres humanos somos “animales sociales”, adquiere amplia significación y capacidad explicativa para comprender algunos de los efectos asociados con el éxito o fracaso de las iniciativas de separación social entre los grandes núcleos poblacionales. En este contexto, la propensión a la vida social fue sentada en el “banquillo de los acusados”.

LAS TENSIONES ENTRE LA CONVIVENCIA SOCIAL Y LA SANA DISTANCIA

Si nuestros objetos de estudio son la convivencia y la sociabilidad, y nuestro problema es el aislamiento visto como el sacrificio de éstas en el marco general de la pandemia, profundizar en su contenido resulta una tarea insoslayable. En esta ocasión, el pie lo tomaremos del ensayo clásico del filósofo español Fernando Savater, *El valor de educar*,¹³ publicado en las postrimerías del siglo XX (1997) y donde el autor realiza, a nuestro juicio, una de las reflexiones más sencillas y notables sobre la esencia misma de la condición colectiva de la vida humana: en este trabajo destaca la cuantía inconmensurable que tienen para las y los seres humanos, en términos de aprendizaje de significados, las interacciones sociales. Y es que a partir de una metáfora sobre el nacimiento biológico de todas las especies animales, el autor establece una distancia fundamental de lo específico de la condición humana: señala que mientras que las demás especies tienen un “parto” único de carácter biológico, que determinará su conducta a partir de las posibilidades que le brinda su herencia genética ya que “nacen siendo lo que definitivamente son y serán”,¹⁴ en el caso de las y los seres humanos a este primer alumbramiento fisiológico le seguirá otro, imperecedero, de carácter social. Desde el punto de vista de Savater, nacemos siendo seres, pero nuestra condición de humanidad “sólo se realiza efectivamente por medio de las y los demás”.¹⁵ Aprenderemos el sentido y el significado de las acciones y las cosas a partir de nuestra interacción permanente con las y los demás. Así, establece que será el contacto con otros seres adultos de nuestra misma especie lo que nos proporcionará un carácter específicamente humano.

¹³ Fernando Savater, *El valor de educar*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 1997.

¹⁴ *Ibid.*, p. 26.

¹⁵ *Ibid.*, p. 29.

El filósofo español concluye argumentando que cada que dos o más personas se juntan se configura un acto de aprendizaje social, por lo que debemos considerar que la convivencia humana es un permanente proceso educativo. De esta manera, lo que seremos, pensaremos y haremos durante nuestro ciclo vital se encontrará asociado con las enseñanzas derivadas del encuentro y contacto frecuente con otras personas.

En este orden, vale la pena recuperar algunas particularidades del convivio o la convivencia, entendidos como instrumento de interacción social. Para ello, identificamos una veta teórica trascendente en la filosofía del teatro, ya que el espacio escénico configura un ambiente pródigo para el intercambio emocional a partir de la expresividad corporal y el uso de la voz de actrices y actores pero en el que intervienen continuamente todas y todos sus participantes, incluyendo a quienes no desempeñan roles actorales o aquellas o aquellos que conforman el público.

Uno de los escritores contemporáneos más significativos de la perspectiva teatral, es el doctor y director escénico argentino Jorge Dubatti. Este autor, de nacionalidad argentina, define al convivio “como la reunión de ‘personas’ en una encrucijada territorial y temporal cotidiana (una sala, la calle, un bar, una casa, ‘un aula escolar’, un escenario) en el tiempo presente, sin intermediación tecnológica que permita la sustracción territorial de los cuerpos en el encuentro”.¹⁶ Desde esta mirada, la convivencia es una reunión que conforma una zona de experiencia compartida “efímera, incapturable, imprevisible y aurática”.¹⁷ En este orden, el teatro se constituye en un espacio de convivencia humana que se caracteriza por la generación y construcción de un ambiente para compartir emociones en cada una de las escenas representadas ante el público, por medio del uso del cuerpo y la interconexión con los sentidos. Por ello, concluye que la convivencia nace y se desarrolla mientras dura el encuentro territorial entre al menos dos personas: “En el teatro el cuerpo del actor, el del técnico y el del espectador participan de la misma zona de experiencia. Con sus risas, con su silencio o con su llanto, con sus protestas, el espectador influye en el trabajo del actor teatral, construye la *poiesis* ‘la creación’ convivial”.¹⁸

Estas declaraciones, modeladas desde la filosofía, convergen con los postulados sostenidos tiempo atrás por George Simmel, quien, desde el punto de vista de la sociología, afirmaba y reconocía “que el hombre está

¹⁶ Jorge Dubatti, “Convivio y tecnovivio: el teatro entre infancia y babelismo”, *Revista Colombiana de las Artes Escénicas*, núm. 9, Bogotá, enero-diciembre, 2015, p. 1.

¹⁷ *Ibid.*, p. 3.

¹⁸ *Ibid.*, p. 4.

determinado, en todo su ser y en todas sus manifestaciones por la circunstancia de vivir en acción recíproca con otros hombres”.¹⁹ En esta convivencia, las y los individuos ponen en juego sus proyectos de vida, creencias, valores y emociones para construir nuevos referentes de acción social. Al respecto, Simmel agregó: “ahora bien, yo llamo contenido o materia de la socialización a cuanto exista en los individuos (portadores concretos e inmediatos de toda realidad histórica)”.²⁰

Con estos antecedentes, que sirven para respaldar la tesis en torno a la inclinación “natural” de las y los seres humanos para compartir su espacio y su tiempo con las y los demás, resulta comprensible que la pandemia viniera a romper esos patrones de encuentro, sus lazos, pautas y formas, representando una renuncia involuntaria, pero significativa y silenciosa, que abonó a magnificar la desazón colectiva.

Por ello, la sociedad humana de nuestro tiempo se convirtió en un enorme laboratorio de prueba sobre los efectos de procesos de alejamiento estricto y prolongado,²¹ a los que se sumó el riesgo de la pérdida de la salud y el quebrantamiento de vínculos significativos, hasta llegar a un proceso de recuperación lenta y restringida de la convivencia, por lo que, luego de los momentos más álgidos de la emergencia sanitaria, la reintegración sincrónica se ha vuelto una necesidad que, en esta entrega, vinculamos con algunas especificaciones que consideramos van de la mano con el concepto de sociabilidad.

LA SOCIABILIDAD Y CONVIVENCIA: EL COMPLEJO VÍNCULO ENTRE CUERPO, EMOCIONES, RELACIONES Y COINCIDENCIA EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO

Tomar como referente analítico a la sociabilidad para estudiar la respuesta humana ante el distanciamiento social y el aislamiento, representa, para nosotros, un intento de profundizar en nuestra naturaleza colectiva y comunitaria.

Como vimos, en Savater el eje argumental de su disertación sobre el carácter social de la vida humana se encuentra en nuestra propensión a

¹⁹ George Simmel, *Sociología 1. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 13.

²⁰ *Ibid.*, p. 16.

²¹ Analía Llorente, “Coronavirus y cuarentena: Elke Van Hoof: el confinamiento es el mayor experimento psicológico de la historia”, *BBC News Mundo*, 25 de junio de 2020, Londres <bbc.com/mundo/noticias>.

realizar acciones socioeducativas enmarcadas en una capacidad ilimitada de aprender; de aprender de las y los demás. Para este pensador contemporáneo, aprendemos qué somos y cómo actuamos. Es decir, este aprendizaje resulta de la vida en sociedad, donde las otras y los otros son presencias permanentes e irrenunciables. Concluye afirmando que mediante la interacción humana nos apropiamos del sentido social y personal de nuestras acciones y decisiones.²²

No obstante, y por la época en que está escrito este texto, las interacciones a las que alude están pensadas siempre en relaciones cara a cara, donde la corporeidad de las personas se encuentra presente y al mismo tiempo. Quizás, una de las particularidades más notables de la experiencia pandémica en tiempos de una transformación tecnológica marcada por la digitalización, es que, aun en la distancia, fue posible mantener una comunicación continua. Sin embargo, en un buen número de estos contactos remotos, la presencia física resultó una pesada ausencia. Encontrarse, tocarse, abrazarse, entre muchas otras expresiones afectivas corporales, vinieron a integrar la lista de deseos para cuando la emergencia terminase.

Esta dimensión afectiva sensorial es la que está detrás de la incorporación del concepto de sociabilidad en nuestro escrito, ya que como afirma Simmel: “[...] desde las categorías sociológicas [...] designo la sociabilidad como la *forma lúdica* de la socialización, que se comporta –*mutatis mutandis*– respecto al carácter concreto determinado por los contenidos como la obra de arte respecto a la realidad”.²³

Desde esta apreciación, las interacciones sociales no sólo se alimentan por sus fines, sino que son una fuente de placer intrínseca para quienes participan de ellas. De esta forma, la sociabilidad representa el disfrute mismo de los cuerpos presentes y se expresa a través de los sentidos. De la satisfacción y el gusto por mirarse e intercambiar miradas, por hablar, escuchar y tocarse como reafirmación de un vínculo significativo. Del encuentro como experiencia que toma en cuenta las sensaciones y los sentimientos que se involucran para la construcción de la subjetividad individual.²⁴

En este sentido y en la medida en que el aislamiento derivado de la condición pandémica puso de relieve aspectos como la expresión colectiva de

²² Fernando Savater, *El valor de educar*, op. cit., pp. 23-40.

²³ G. Simmel, “La sociabilidad como forma autónoma o forma lúdica de la socialización”, en *Cuestiones fundamentales de la sociología*, capítulo III, parte III. Barcelona, Gedisa, marzo de 2002, p. 84.

²⁴ Vivian Romeu, “Sociabilidad y sensibilidad en Simmel. Reflexiones desde la fenomenología de la comunicación”, *Estudios Sociológicos*, vol. XXXVII, núm. 110, 2003. México, El Colegio de México <<http://77dx.doi.org/10.24201/es.2019v37n110.1693>>.

las emociones –tristeza, miedo, cansancio y apatía–, ante la fragilidad evidente de la vida misma, hemos tenido que reconocer como primer territorio de cuidado a nuestro cuerpo y aceptar que su atención no es un acto únicamente personal e individual sino colectivo: usar mascarillas o mantener la “sana distancia”, por ejemplo, han sido acciones de protección de sí mismos, pero fundamentalmente de cuidado y resguardo de las y los demás. Si las cadenas de contagio se mantenían, el riesgo persistiría, más allá de nuestros deseos o nuestros cuidados personales con todas las consecuencias que ello involucraba.

En el pensamiento de Simmel, la convivencia como promotora de acciones recíprocas²⁵ es uno de los factores más importantes de la vida humana.²⁶ Recuperar el *cuerpo* como promotor de *comunicación*, de *emociones* y *percepciones*, fue uno de sus aportes más importantes. Este autor abogó por “reconocer el potencial heurístico de las tesis neurobiológicas sobre el funcionamiento de la mente y la construcción de la subjetividad”.²⁷ Con su recuperación, buscamos ahora reincorporar la dimensión sensible de las relaciones sociales, en donde la *sociabilidad* se configura como la expresión de una interacción básica de carácter cultural y afectiva entre personas con incidencia en nuestros vínculos públicos, privados e íntimos.

LA PANDEMIA Y LA TRANSFORMACIÓN INTEMPESTIVA DEL ESPACIO PÚBLICO MODERNO

En un mensaje reproducido por WhatsApp el 23 de septiembre de 2020 y con el encabezado: “Japón ha decidido convivir con el coronavirus!”, se atribuía al gobierno de ese país la declaratoria de un *nuevo modelo de vida* llamando a la gente a prepararse, aprender a vivir y trabajar durante un periodo prolongado “con el virus que acecha a la vuelta de la esquina”.

Más allá de la veracidad del mensaje, éste circuló por las redes sociales e influyó en ese momento en el estado de ánimo de las personas, sea por el confinamiento o por su tránsito obligado con los riesgos que representa el espacio público. En este caso, para quienes aquí escribimos, las zonas de tránsito colectivo corresponden a todos aquellos lugares o trayectos más amplios y no

²⁵ Con efectos en cada una o uno de los individuos interactuantes.

²⁶ Carolina Ovares, “La sociología de Georg Simmel y ‘capital social’: la confianza como fuerza socializadora”, *Reflexiones*, vol. 97, núm. 2, 2018, Costa Rica, Universidad de Costa Rica <redalyc.org/jatsReport/72>.

²⁷ Vivian Romeu, “Sociabilidad y sensibilidad en Simmel...”, *op. cit.*, p. 10.

involucran nuestras tareas y necesidades esenciales de alimentación, salud, trabajo o estudio.

Desde hace varias décadas, los espacios públicos orientaron su diseño al logro de la afluencia de multitudes humanas que pudieran permanecer en ellos por grandes periodos. En nuestras ciudades principales se construyeron innumerables plazas comerciales con grandes y diversas tiendas, amplios lugares de comida rápida atestados por una amplia oferta culinaria, sillas y mesas que permitieran reunir a muchas familias en espacios reducidos; numerosas salas de cine o espectáculos, zonas recreativas para niñas y niños, bares, casas de apuestas, servicios bancarios y estacionamientos. El culto a las masas de consumidores ha sido su rasgo más notorio en al menos tres décadas.

Pero también el transporte público o los espectáculos artísticos y del deporte profesional han seguido esta dinámica. No se configuraron como lugares con un espacio vital individual, sino que promovieron el aglutinamiento. Las manifestaciones callejeras también son factores de coincidencia y de expresión pública del cuerpo. La protesta basada en lo numeroso de los contingentes y en la exaltación masiva como expresiones de afinidad y fuerza política. La humanidad que se busca y se encuentra en prácticamente todas sus expresiones. A cualquier persona le resultó difícil imaginar que la conclusión del distanciamiento no estuviera en un horizonte cercano ya que no podía presentarse un colapso mayor al que ya se ha vivido y que el punto central ahora está en mantenerse sanos y recuperar nuestras interacciones sociales.

Pero la certeza no ha sido un bien en tiempos de pandemia, por lo que es válido preguntarnos cuáles son los patrones de comportamiento convocados por ese mensaje digital y con los que se invita a convivir permanentemente: mantenga una distancia entre las personas, evite estar cara a cara cuando habla con ellas, lávese tan pronto como pueda después de tocar a alguien, elija las compras en horario de poca afluencia, no manipule las muestras de productos básicos, no hable en el transporte público, vaya al trabajo en bicicleta o a pie, controle el número de personas en las reuniones, trabaje desde casa. Cuando se decida a comer con otras personas, preferiblemente se debe estar una al lado de la otra; no se quede mucho tiempo en un espacio estrecho, al caminar o correr para ejercitarse el número de personas debe ser pequeño. Estas recomendaciones no hicieron sino reconocer el riesgo inherente al contacto corporal y la necesidad de construir nuevas relaciones y nuevos vínculos emotivos a partir de medios distintos, en los que la *confianza* individual y social sea mucho más notoria. Se debe impulsar una revalorización del cuerpo, pero también del tiempo y el espacio.

LA PANDEMIA Y SUS EFECTOS EN EL ENTORNO SOCIAL INMEDIATO

La sociabilidad se caracteriza por la posibilidad del encuentro y convierte la relación individuo-sociedad en una unidad dual fuertemente interrelacionada.²⁸ En este sentido, la sociabilidad enunciada por Simmel sólo es posible en sistemas más o menos estables entre individuos y mediante formas y contenidos que construyen modalidades identificables de relación.²⁹ En este tipo de vínculos, la *experiencia* “es un mecanismo de percepción y significación del mundo a través del cuerpo situado [...] con sus necesarias conexiones con experiencias del pasado y la construcción imaginaria del futuro”.³⁰ La población adulta establece muchos de sus significados y referentes sociales a partir de su interacción en espacios que generan relaciones sociales de diverso tipo, forma y contenido.

Desde la perspectiva de la sociología de los sentidos³¹ tanto el lugar de trabajo como la infraestructura de un centro educativo³² constituyen elementos mediadores de la calidad de vida y las aspiraciones sensoriales y emotivas de muchas personas. Cuando se cerraron temporalmente estos espacios, la angustia económica y el temor por la ruptura de las expectativas fueron algunos de los primeros signos indeseados del aislamiento.

En un primer lapso, la expresión y la experiencia de trabajar o estudiar en casa pareció una alternativa viable y aceptable; ahorra tiempo, las incomodidades del traslado, el uso de una vestimenta específica o la ruptura de patrones propios de la división del trabajo y del desarrollo de la tecnología moderna en espacios organizacionales acondicionados para ello. No obstante, la prolongación de la emergencia mostró las limitaciones de este nuevo modo de enfrentar los compromisos provenientes de nuestros vínculos de interacción inmediata, entre éstas las relaciones derivadas del empleo o de responsabilidades educativas, por mencionar dos fuentes. Se trató de una transformación forzada en medio de una crisis sin antecedentes en el último siglo.

²⁸ *Ibid.*, p. 372.

²⁹ Patricia Lambruschini, “Sociabilidad y mirada cara a cara según Georg Simmel”, *VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de la Plata* (UNLP), Argentina, del 3 al 5 de diciembre de 2014, memoria académica, p. 214 <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4645/ev.4645.pdf>.

³⁰ Vivian Romeu, “Sociabilidad y sensibilidad en Simmel...”, *op. cit.*

³¹ Olga Sabido, “Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 79, 2017, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM <<http://mexicanadesociologia.unam.mx/index.php/79n2/230-v79n2-a6>>.

³² Principalmente de educación superior.

En estos meses, la mayor parte de quienes tuvieron la posibilidad de trabajar o estudiar desde su hogar, desarrollaron sus actividades en un entorno de inestabilidad física y emocional; permeado por la incertidumbre, enfermedad y exaltación constante. Los recursos y los espacios utilizados dejaron de ser los de la organización o la institución y se extrapolaron con aquellos reservados al ámbito familiar. Se adoptó, sin previo aviso, un nuevo estilo de vida con otras oportunidades, pero también con un cúmulo de restricciones. Hubo que resolver los mismos problemas, pero de distinta manera y con diferentes recursos. Se privilegiaron los fines sobre los medios y los resultados sobre los procesos.

En una amplia mayoría de las interacciones laborales y educativas a distancia, el tiempo dejó de ser un referente sólido, se volvió laxo y promovió estados de alerta para la atención a demandas constantes. Los horarios dejaron de tener sentido. Los requerimientos aumentaron sobre la base de que el confinamiento generaba una condición de disponibilidad infinita. Hoy se proponen cambios en materia de legislación laboral que regulen e impidan generar comunicaciones y peticiones fuera de los horarios pactados en los contratos o en las planeaciones escolares. Los recursos pasaron a ser responsabilidad de las y los trabajadores que además de proveer estos insumos, deberían atender en ese mismo lugar, y al mismo tiempo, las necesidades de seguridad y salud de cada uno de los miembros de su familia.

El orden social fue tergiversado y todavía no es clara la forma en que será recuperado por la magnitud y profundidad de los cambios que enfrentamos todos los días. Si las emociones y estados de ánimo se transmiten, como hemos argumentado, esencialmente a través del cuerpo, las pantallas son un contrasentido ya que nos devuelven cuerpos parcializados, mutilados, deformados por el ángulo de una cámara o por las posibilidades del equipo que se utiliza o al que se tiene acceso. El mismo efecto se ha extendido a la interacción entre las y los sujetos.

Finalmente, en las relaciones socioeducativas, de espacios y ambientes construidos para el estímulo del encuentro, el debate académico y el aprendizaje, se pasó a la invasión de la intimidad personal, la decodificación del tiempo, la aparente indiferencia ante la pandemia y la competencia por los espacios íntimos y familiares (todas y todos tuvieron que estar simultáneamente en casa y debieron repartirse las mismas herramientas y lugares escasos e inapropiados).

Si para Simmel un soporte de la sociabilidad es la confianza, en el teletrabajo o el tele-estudio la desconfianza se convirtió en un punto nodal de la nueva interacción digital: la búsqueda de alternativas para que la distancia no sea ausencia. Constatar que los hechos ocurren, aunque no se tenga certeza

de sus consecuencias y contenido. Que las cámaras y los micrófonos estén encendidos, aunque la calidad de la comunicación se pierda. Que los teléfonos celulares, símbolo y fortaleza moderna de la privacidad e intimidad personal, para elecciones individuales de comunicación, se encuentren convertidos hoy en depósitos saturados de información ajena y oscura, que vibran y suenan sin descanso durante el día y que producen un entorno de desazón, incertidumbre y miedo, son sólo algunos indicadores de la disminución en la calidad de las relaciones humanas producidas por la pandemia. Las y los planeadores se volvieron supervisores y vigías sin un paradigma científico de referencia y aún se mantienen en el estupor de que sus estrategias originales tampoco tengan asidero.

LA PANDEMIA Y SUS EFECTOS EN LAS RELACIONES DE INTIMIDAD

En este apartado de cierre, parafraseamos la pregunta formulada por Anthony Giddens³³ respecto a la modernidad para relacionarla con los tiempos de la pandemia. Así, nos cuestionamos: ¿cuáles son los cambios que se desencadenaron con la pandemia y qué transformaron la vida íntima de las personas?, reconociendo que por intimidad nos referimos al espacio de mayor privacidad personal, que generalmente reservamos a las cuestiones, propósitos y afectos más relevantes. Es el espacio propio de la acción de los sentidos, las emociones y los sentimientos. Mismos que encuentran su vía de expresión más nítida en el cuerpo y el espacio social y personal que le rodea.

El concepto de intimidad, a su vez, ha sido usado de manera amplia para incluir ámbitos como la sexualidad, el mundo de los afectos, la amistad, el amor, la pareja y la familia, todos ellos permeados por relaciones de género cambiantes. Algunos autores de la sociología de la intimidad suelen definirla como un ámbito que concierne a “la cercanía de ‘almas’ y/o cuerpos en el marco de una relación especial de revelación” [...] y los significados e instituciones que los constituyen y a los que dan lugar.³⁴

³³ Anthony Giddens, *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, 2006.

³⁴ Guillermo Núñez y Edgar Zazueta, “Modernidades e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México”, *Estudios Sociales*, núm. 2. Hermosillo, Coordinación de Desarrollo Regional, marzo de 2012, p. 355.

En este sentido, el lugar de intimidad más profundo para los seres humanos es aquel donde habitamos. El lugar en que vivimos “habitualmente”. Ese donde estamos con frecuencia y donde nos sentimos seguros o seguras. La intimidad requiere de relaciones estrechas y de confianza. No hay lugar más cercano y que nos proporcione mayor protección que la casa que ocupamos. Ese espacio, grande o pequeño, es el punto de partida para la construcción del mundo personal de cada uno, por eso le damos nuestro “estilo” o nuestra forma. En él se registran nuestros gustos, nuestras preferencias, nuestros valores e ideologías, nuestras filias, nuestras fobias, nuestros afectos y nuestro orden. Quien habita, ocupa, se posesiona y construye aspectos interiores y profundos de sí. Cabe señalar que, como recuerdan Núñez y Zazueta,³⁵ Zygmunt Bauman, en su concepto de “amor líquido”, ya había descrito una fragilidad de los vínculos humanos, caracterizada por sentimientos de inseguridad y por conflictos derivados de esa misma debilidad.

Todos estos aspectos nos indican que un rasgo fundamental de la intimidad es la elección. Es la decisión implícita o explícita de qué o quiénes pueden ocupar un lugar dentro de ella. A quiénes se les comparte, con quiénes se dialoga en su interior. Nuestros tesoros humanos son característicos de nuestros espacios de intimidad. Si el espacio y su simbología es el entorno físico más personal de lo que tenemos, su interiorización da lugar a nuestras prácticas, nuestras rutinas, a las actividades que repetimos en el tiempo. Los hábitos son la expresión confiable que deriva de la repetición frecuente, de la regularidad de nuestras acciones. La intimidad y sus espacios, lo que ahí ocurre, son fuentes nítidas y humanas de placer, de gozo y de disfrute.

Por ello, cualquier “invasión a la intimidad” será siempre una amenaza ya que distorsiona el mundo identificable de cada persona. Genera inseguridad, desazón y angustia. Implica una transformación no consensada que obliga a poner a resguardo nuestros sentimientos, cuerpos y relaciones personales. La intimidad violada es uno de los costos principales del aislamiento sanitario.

En los sistemas judiciales en el planeta, una de las sanciones primordiales es la reclusión y el confinamiento, y no es un dato trivial, ya que involucra, por un lado, limitar hasta el extremo las posibilidades de la sociabilidad y, por el otro, controlar la intimidad del sentenciado. La pandemia ha obligado a la apertura ilimitada e indeterminada de esa intimidad. Nuestros gustos, forma de vida, recursos materiales y afectivos son sometidos hoy al escrutinio público. Los ordenadores, pero sobre todo su cámara “que todo lo desnuda”, han ocupado por decreto el lugar principal de nuestras casas.

³⁵ *Ibid.*, p. 360.

Las familias se vieron obligadas a guardar silencio, a limitar su movimiento, a recibir sin reproche la manipulación de su tiempo, a competir por sus bienes, a dividir sus tareas, a diferir y guardar sus expresiones, ansias, desazones, e incluso celebraciones. El espacio íntimo y personal fue sustraído y su carácter humano depreciado. Si las niñas y los niños fueron exiliados a una educación distante del placer que deriva de la cálida convivencia cómplice con sus pares, a los adultos se les sustrajo el derecho de participar de un espacio digno de trabajo y de reconocimiento institucional. Sin duda, se construyen ahora nuevas relaciones e interacciones, pero la magnitud y los efectos emocionales de esta pandemia todavía están lejos de cualquier cálculo y certeza.

REFLEXIÓN FINAL

Para las y los estudiosos de la sociedad y la conducta humana, hay una premisa comprensiva que no puede ser eludida: no hay acción humana que no tenga un carácter simbólico y que por lo tanto no tenga consecuencias culturales. Hay dos datos asociados con las características de los efectos propios de la acción biológica del coronavirus que constituyen verdaderas metáforas de sus consecuencias en la vida social como la asfixia de la infección o el encierro y que nos permiten cerrar esta colaboración.

La primera, los pacientes afectados en condición extrema por este virus de alta letalidad presentan problemas respiratorios. Su posibilidad de inspirar oxígeno y expirar bióxido de carbono se encuentra alterada. Algo tan simple y mecánico como respirar pierde su secuencia y su “naturalidad”. Las personas se vuelven vulnerables, sienten la falta de oxígeno o literalmente se envenenan ante la posibilidad de procesar los gases. El sacrificio de la sociabilidad ha sido una expresión similar de fragilidad que afecta la interacción humana. Nos agobia al reducir nuestros espacios de acción pública, institucional o de las relaciones interpersonales a unos cuantos metros cuadrados. La salida digital es eso, un escape emergente, ajeno a la calidez del contacto personal y a la comprensión de la condición humana. Aún no sabemos sobre los alcances emanados de nuestra imposibilidad de intercambio social y del ahogo obligado que produce el distanciamiento en el espacio público, pero consecuencias están surgiendo, de eso no queda duda.

Por otra parte, cuando una persona contagiada era ingresada a un hospital, era aislada. Lo habitual ante una hospitalización era congregación de familiares y amigas o amigos para procurar su cuidado. La presencia afectiva era la primera expresión de compromiso y solidaridad. Arrojar al enfermo, hacerlo sentir imprescindible, afectivamente insustituible era una parte que

regularmente acompañaba al tratamiento médico. Se comprendía implícita o explícitamente que la parte emocional ayudaba tanto a la recuperación como el efecto de los medicamentos.

En la pandemia, los hospitales de atención especial fueron aislados del resto de los servicios médicos. Los visitantes fueron rechazados, las y los enfermos separados y su atención individualizada. Los servidores médicos perdieron su carácter personal y agregaron a su uniforme de trabajo las caretas, máscaras y equipos. Nadie podía tocar a las y los enfermos. Nadie podía visitarlos. Si alguien no tenía la suerte de la recuperación y fallecía, no hubo funerales y sus cuerpos sólo fueron entregados en cenizas. La covid-19 es una enfermedad que suprimió los hábitos, los rituales, las costumbres y el acompañamiento propios de la sociedad humana. De alguna manera, esto sigue sucediendo a nivel macrosocial en las distintas comunidades humanas. Estamos dejando nuestras formas de vida y nuestros referentes sin tener un asidero o algún mecanismo de transición definitivo o viable. El conteo económico indica crisis, los apremios familiares angustia y los trastornos emocionales preocupación. Ha empezado una época de profundos cuestionamientos sobre las razones que motivan y rigen nuestros actos, decisiones y creencias, como elementos constituyentes de nuestra existencia humana.

Finalmente, no debemos olvidar que el distanciamiento social y el confinamiento representaron una modificación abrupta de la rutina y las costumbres que modificó nuestros mecanismos de cohesión social, ya que representó la ruptura de la sociabilidad, el entrelazamiento y la cohesión (un orden que nos da congruencia, nos aglutina y se comparte frente a aquello que disgrega, dispersa y desintegra), afectando el tejido social. La pandemia generó el entrecruzamiento de emociones por demás contradictorias: sentimientos de pérdida, nuevas demandas y el reacomodo de las redes sociales de apoyo y protección. Enfrentamos el agobio, la irritación y el cansancio, la soledad, la fragmentación y violencia, a las que se opusieron respuestas individuales. Resiliencia, solidaridad fortalecida y cohesión. Aquí se presentaron sólo algunos esbozos de las pistas para mirar la emergencia sanitaria desde las ciencias sociales.

Cabe señalar, por último, que nos encontramos apenas en el momento inicial de la estructuración de narrativas que buscan, a partir de la reconstrucción de las experiencias individuales, empezar a teorizar sobre el sentido de los cambios que la pandemia provocó y empezar a intuir el futuro de las relaciones de intimidad para las nuevas generaciones. Estudiar su diversidad y complejidad, así como los vínculos globales que la producen y tensionan.